



La reina del paisaje humilde

La Peña Amaya (Burgos)

POR: ÓSCAR ESQUIVIAS
FOTOGRAFÍAS DE: GABRIEL VILLAMIL

El pueblo de mis abuelos maternos está situado en un vallejo rodeado de páramos, en el arciprestazgo de Amaya. En el valle se dan muy bien los frutales. A mí, de niño, me parecía milagroso que aquellos árboles viejos, retorcidos, que parecían las almas en pena de un retablo, fueran capaces de renacer en primavera y se llenaran después de fruto, año tras año. Los almendros son los primeros en desafiar las heladas y las escarchas. Estos delicados árboles crecen alineados en las propias laderas del páramo, entre pedruscos y colmenas, y se llega a ellos por caminos que huelen a espliego, en los que abundan los escaramujos, las madresevas, las viboreras, las zarzas y también algunas florecillas con nombres muy evocadores (campanilla de cantil, escobilla morisca, quitameriendas, hierba del amor). A estas flores silvestres les gusta nacer al pie de los caminantes o en las cunetas; otras –como el albarraz o las amapolas– prefieren mezclarse con el cereal de los sembrados y posar entre las espigas como si estuvieran en el Museo de Orsay. En el llano y en los huertos hay más frutales: las fragantes higueras, los ciruelos, los cerezos, los manzanos, los perales, los guindos, los avellanos. El milagro se repite año tras año: estos arbolitos que en invierno parecen muertos, reciben –como en los cuentos de hadas– el beso de un príncipe que rompe el he-

→

▲ **En camino.** Óscar Esquivias escoge como paisaje secreto la tierra de sus abuelos maternos.